

PALABRAS JUSTAS

Maria del Carmen Legelen

Image not found.

Capítulo 1

Palabras Justas

A través del ventanal del quinto piso observé la ciudad, la catedral sobresalía imponente recortándose en el cielo azul, empequeñeciendo los demás edificios. Todos ellos, las casas, las calles, los árboles, incluso el puente carretero, por donde llegué a San José se dibujaban con nitidez. Lo que más me sedujo fue ver a lo lejos el horizonte entre la campiña de la ciudad y el cielo, disputándose el límite entre ambos.

Haber observado ese paisaje a través del vidrio fue un bálsamo para mis ojos y mi alma, porque de este lado, en la habitación quinientos dos, descansabas en tu cama de hospital. Allí tendías tu cuerpo delgado, ya dejando ver día a día, un poco más tus huesos duros, tu palidez insana, tu somnolencia, la apatía de tu mirada y de tu voz.

Traté de mantener en mi mente la imagen de detrás del ventanal para volver al lado de tu lecho. Y así lo hice.

Me senté en el asiento, muy próximo a tu cabecera, tomé tu mano entre las mías, y en ese encuentro sentí que el final era cercano.

¿Qué se dice en estos casos? Intenté encontrar las palabras justas. Desacerto sería hablarte de esperanza, las dos sabíamos que era una utopía, nos conocíamos demasiado para que yo mintiera piadosa y tú lo creyeras. Lejos de mí faltarte el respeto, menospreciar tu inteligencia. Me mirabas a los ojos ya sin brillo, ya sin fuerzas, y en esa mirada me preguntabas: ¿"por qué"? buscabas una respuesta que yo desconocía.

Le pedí a mi corazón que guiara mis palabras y ellas brotaron fluidas y suaves al mismo tiempo, semejantes al hilo de agua del deshielo de montaña, que desciende lento y sinuoso, serpenteando entre arbustos y rocas... te hablé de amor, de paz, de valor. Hablé de lo mucho que te amaba, de lo importante eras en mi vida; hablé de las bondades del respirar profundo, dejando ir con cada exhalación los pensamientos, y así aquietar la mente, para finalizar visualizando allí delante de los ojos cerrados, una imagen donde tuvieras depositada tu fe, que te trajera calma y paz, hablé de pasajes, de transiciones, de la inexistencia de los finales, quise transmitirte mi confianza en la continuidad de las cosas, más allá del cielo y las estrellas, quise que sintieras el valor que esas

creencias dan.

Los últimos rayos de luz penetraban la ventana sumiendo la habitación en penumbra silenciosa y presagiente.

La ciudad fue anocheciendo, apagándose algunas luces y encendiéndose otras. "Cual paralelismo"-pensé-

Me despedí prometiendo regresar mañana, besé tu mejilla huesuda y pálida, acaricié tu hombro, tu brazo, sintiendo tu delgadez cadavérica. Al mismo tiempo me agradeciste con tu mirada hundida y apagada, dijiste que me amabas mucho con la fragilidad de tu voz y con un "hasta mañana hermana".